HOY
DIARIO DE EXTREMADURA

Edita: **CORPORACIÓN DE MEDIOS DE EXTREMADURA, S.A.**
Director General: José Luis Pastor

Director: Julián Quirós

Jefe de Información: Ángel Ortiz
Subdirectores: Manuel García Carmona y Juan Domingo Fernández (Cáceres)
Adjunto al director: Manuel López
Mesa de Redacción: Joaquín Rodríguez Lara (Cierre), José Orantos (Edición), Marisa García (Fin de semana y Colaboraciones), Roque Alonso (Multimedia) y Antonio Cid de Rivera (Badajoz y Región)
Delegaciones: Antonio Sánchez Ocaña (Plasencia) y Juan Soriano (Mérida)
Secciones: Alberto García (Deportes), Manuel Martínez Cordero (Corresponsales) y Domingo Núñez (Documentación)

Director Financiero: Juan Francisco Torres Carbajal
Directora Técnica: Dolores Benegas Capote

COMERCIAL Y MARKETING
Director Gerente: Antonio Pitera Corraliza

CM Extremadura

Gerente: Jaime Fdez. de Tejada Almeida

Voto de confianza

EL desarrollo del primero de los debates televisados entre Zapatero y Rajoy demostró que los dos candidatos con posibilidades de llegar a la presidencia del gobierno no están tratando de acercar su mensaje al ciudadano, sino que emplazan a éste a alinearse con sus respectivas tesis. En el fondo ambas formaciones mantienen una misma estrategia para cosechar votos, basada en fidelizar un núcleo de incondicionales. Pero ello es también consecuencia del bipartidismo que domina la política española: las restantes fuerzas no son capaces de condicionar en lo más mínimo el discurso de populares y socialistas. La campaña electoral se ha convertido en una sucesión de reproches mutuos entre PP y PSOE, en cuya expresión estereotipada han acabado acomodándose ambos, combinados con la presentación diaria de ofertas irrechazables a primera vista que obedecen, sin duda, a la previa identificación de segmentos electorales con necesidades, intereses o incluso prejuicios concretos. Pero, a pesar de esto último, el mensaje que prevalece no es el de un compromiso que cada formación adquiriría con sus electores y con la sociedad en general. Se trata de la solicitud de un voto de confianza por el que los votantes concederían crédito al partido de su elección para los próximos cuatro años como acto de adhesión.

Toda convocatoria electoral consiste en eso, pero en ésta se van apreciando demasiados lastres del pasado, demasiada propuesta improvisada y una destacable falta de coherencia cuando dos formaciones que han pasado por el gobierno y se mantienen al frente de numerosas instituciones en el conjunto de España han acumulado tan prolijo catálogo de promesas electorales sin haberlas puesto en práctica con anterioridad. La disyuntiva ante la que Rajoy y Zapatero tratan de situar a los electores, poco menos que conminados a elegir entre opciones que a menudo se presentan como modelos ideológicos cerrados y antagónicos, sólo puede resultar admisible para la ciudadanía si se atenúa el dramatismo con el que el primero urge al cambio y el segundo previene ante el mismo.

Aunque todo período electoral invita a los partidos a subrayar las diferencias y a eludir las coincidencias, la inusitada profusión de ofertas está evidenciando tantos puntos comunes que bien harían los candidatos en reparar alguna vez en ello. La opinión pública no necesita que le desgranen las 1.791 ideas que contiene el programa del PP, o que le reciten las trescientas páginas del programa socialista. Pero tampoco tiene por qué sentirse concernida cuando los partidos optan por simplificar sus mensajes a base de trazo grueso. Zapatero y Rajoy deberían hallar un punto de equilibrio entre la consigna partidaria y una multiplicación de promesas imposible de valorar, enunciando esas diez o doce iniciativas que bien podrían justificar toda una legislatura.

Sin defensa

LOS asesinatos de cuatro mujeres a manos de sus parejas en apenas 24 horas constituye el más dramático de los recordatorios de un drama incesante que ya se ha cobrado la vida de 14 ciudadanas en lo que va de año, una cadencia cuya espeluznante reiteración no puede llevar a la sociedad al desistimiento. El hecho de que sólo el 1% de las denuncias por malos tratos las presente el entorno familiar o vecinal de quienes los sufren explica en buena medida que continúen sucediéndose tragedias como las registradas ayer. Pero éstas también reflejan dolorosamente la incapacidad de la legislación y los poderes públicos para reducir el número de muertes vinculadas a la violencia doméstica, que el año pasado se cobró la vida de 118 personas, un 22,9% más que en 2006.

Los órganos judiciales desconocían la existencia de una situación de amenaza en el 70% de los casos, lo que supone un lastre casi insalvable si no se afina la cooperación entre las distintas instituciones. Pero si esas cifras producen una lógica frustración sobre la eficacia como sociedad para erradicar esta lacra desde su origen, lo que resulta del todo alarmante es que no se logren evitar los asesinatos cuando se han adoptado ya medidas policiales y judiciales contra el agresor.

Los reiterados quebrantamientos en las órdenes de alejamiento, como al parecer ha ocurrido en dos de las últimas muertes, obligan a revisar la efectividad de los mecanismos para prevenir el delito, sopesando alternativas como la de agravar la pena para los agresores que incumplan el mandato del juez. Pero también exigen una continuada labor de protección psicológica y emocional de las víctimas, que aminore su sensación de soledad e indefensión –aún más acuciante entre las inmigrantes– y les dote de la fortaleza necesaria para que puedan sobreponerse a las falsas expresiones de arrepentimiento que terminan fatalmente.

RAMÓN

TRIBUNA

ANTONIO PAPELL

El debate, como la legislatura

EL primer debate entre Zapatero y Rajoy no se salió ni un ápice del tedioso guión marcado a lo largo de estos cuatro años. Al margen de valoraciones subjetivas sobre el mayor o menor acierto en el tratamiento de los temas, el candidato a la reelección hizo balance de lo conseguido en el cuatrienio y apuntó sus proyectos de continuidad para el futuro, en tanto el actual líder de la oposición le negó abruptamente el pan y la sal en absolutamente todas las cuestiones, tildándole de mentiroso de varias ocasiones y llegando a la injuria en algún caso como, cuando lo acusó de maltratar a las víctimas del terrorismo. Rajoy se mantuvo en fin encastillado en su discrepancia visceral con respecto a la política antiterrorista, continuó rechazando la reforma territorial en los aspectos en que no ha participado e insistió en el argumento de la inmigración, un asunto que puede permitirle pescar algunos votos en los caladeros de la derecha más conspicua.

Como estaba previsto, ambos líderes plantearon el debate a los puntos, mediante el desgaste persistente del adversario, y por ello mismo resulta difícil responder a la pregunta lineal de quién ganó el debate. Primero, porque habría que preguntarse que significa tal victoria; y, segundo, porque como parece obvio el rédito a que debían aspirar los contendientes no era tanto contentar a los suyos, ya convencidos, sino atraer a los indecisos y aun a los alejados de las posiciones propias. En este sentido, es muy dudoso que hayan avanzado mucho. Las encuestas publicadas dan casi todas ellas una ventaja a Zapatero sobre Rajoy, pero, curiosamente, Rajoy convenció más a su clientela que Zapatero, por lo que la victoria del presidente del Gobierno en funciones se debió al respaldo de las minorías. Pero este análisis tiene su envés: cuando el discurso de un líder agrada tanto a sus incondicionales, difícilmente seducirá a los que no lo son.

Rajoy, que llegaba al debate debilitado por el fiasco de un Pizarro naufragante ante un sólido Pedro Solbes, necesitaba hacer un buen papel. Y lo consiguió sin duda, aunque por el procedimiento de encastillarse en los argumentos recurrentes en los que se ha mantenido durante toda la legislatura. La insistencia en el error del llamado 'proceso de paz' y en alguna supuesta ocultación de Zapatero a la opinión pública, la persistente crítica al Estatuto catalán y –últimamente– la llamada de atención contra una inmigración supuestamente descontrolada le dieron juego sin duda, aunque Zapatero consiguió zafarse con frecuencia para explicar sus logros y proyectos, pero quizá constituyan un bagaje escaso para aspirar a la victoria electoral.

Una gran parte de la ciudadanía ha amortizado el 'proceso de paz', que ya ha quedado archivado en los anales de la triste historia de la violencia en democracia como las tentativas de González y Aznar, y la evidencia demuestra que la reforma del Estado de las autonomías plantea problemas y controversias, pero no abre abismos apocalípticos ni presagia telúricas rupturas de la unidad de la patria. En lo referente a la inmigración, este país está dando lecciones muy elocuentes de tolerancia y de respeto, y no vería en absoluto con buenos ojos la puesta en marcha de una política que convirtiera a los inmigrantes en sospechosos.

En definitiva, los efectos de esta ceremonia y de la que se reiterará el próximo lunes son objetivamente difíciles de evaluar. En cualquier caso, no cabe duda de que tales debates son un espectáculo gozoso de la democracia que contribuye a vincular a los políticos con la sociedad y a ésta con sus instituciones. La alta audiencia obtenida –más de 13 millones de personas– demuestra que ya no sería posible hurtar en el futuro al cuerpo electoral unos elementos de juicio que, aunque ambiguos, han de participar en la formación de la voluntad popular.